

de darse en tan importante materia, consejo que domina como ley suprema en el teatro moderno:

Pase en el menos tiempo que se pueda,
Si no es cuando el poeta escribe historia
En que hayan de pasar algunos años,
Que esto podrá poner en las distancias
De los dos actos, ó si fuere fuerza
Hacer algún camino una figura,
Cosa que tanto ofende á quien lo entiende;
Pero no vaya á verla quien se ofende.

Es decir, que de un acto á otro puede suponerse, sin dañar á la verosimilitud, un transcurso de tiempo más ó menos largo; y por lo que hace á los que se ofenden con tales licencias, el mejor consejo que puede dárseles es que no vayan á verlas. Bueno es advertir que en este punto, como en los demás, Lope se escudaba con las exigencias de su público;

Porque considerando que la cólera
De un español sentado no se templa
Si no le representan en dos horas
Hasta el final juicio desde el Génesis;
Yo hallo que si allí se ha de dar gusto,
Con lo que se consigue es lo más justo.

Propone Lope en seguida, á manera de aforismos, excelentes reglas para cualquiera composición dramática, reglas que debe tener presente todo el que se ensaye en tan difícil género literario, tal como el cuidado que hay que poner en lo inesperado del desenlace.

Porque en sabiendo el vulgo el fin que tiene,
Vuelve el rostro á la puerta, y las espaldas
Al que esperó tres horas cara á cara,
Que no hay más que saber que en lo que pára.

Una de las cosas sobre que más se extiende Lope es en lo relativo al lenguaje, proscribiendo la afectada hinchazón que por desgracia no tardó en inficionar á los más ilustres ingenios, y fijando el que debe usar cada personaje conforme á su carácter y á la situación en que se encuentre. Acertadísimas indicaciones, entre las cuales ocupa el lugar debido la que se refiere á la verosimilitud de la acción.

Si hablare el rey, imite cuanto pueda
La gravedad real; si el viejo hablare,
Procure una modestia sentenciosa;
Describe los amantes con afectos
Que muevan con extremo á quien escucha:
Los soliloquios pinte de manera
Que se transforme todo el recitante,
Y con mudarse á sí mude al oyente.
Pregúntese y respóndase á sí mismo;
Y si formare quejas, siempre guarde
El debido decoro á las mujeres.
Las damas no desdigan de su nombre:
Y si mudasen traje, sea de modo
Que pueda perdonarse, porque suele
El disfraz varonil agradar mucho.
Guárdense de imposibles porque es máxima
Que sólo ha de imitar lo verosímil.
El lacayo no trate cosas altas,
Ni diga los conceptos que hemos visto
En algunas comedias extranjeras.
Y de ninguna suerte la figura
Se contradiga en lo que tiene dicho.

Sin perder de vista la belleza del conjunto, recomiéndase la relación armónica que debe existir entre las diversas partes componentes, estableciéndose á la vez el gradual desenvolvimiento de la acción, ó sea la exposición, el nudo y el desenlace, en los tres actos que constituyen la obra dramática.

Remátense las scenas con sentencia,
Con donaire, con versos elegantes,
De suerte que al entrarse el que recita,
No deje con disgusto al auditorio.
En el acto primero ponga el caso,
En el segundo enlace los sucesos,
De suerte que hasta medio del tercero
Apenas juzgue nadie en lo que pára.

No olvida Lope la clase de versos que deben emplearse según lo pida la diversidad de asuntos y de situaciones: las décimas para quejas; el soneto para los que aguardan; los romances y las octavas para las relaciones; tercetos para las cosas graves, y redondillas para las amorosas: todo lo cual revela un conocimiento profundo del arte dramático, la posesión plena de sus secretos que sólo puede sorprender una larga experiencia, guiada por la antorcha vivificadora del genio.

Hay todavía otra parte importantísima que no podía olvidar nuestro autor, y es el fin trascendental del teatro: su influencia moralizadora. Lope no pertenecía á la escuela que reduce el arte á la fría y pesimista imitación de la realidad, ó al desahogo de odios y rencores de partido ó de escuela, sino que

le señalaba una aspiración más alta: purificar esa realidad en el crisol de un bello ideal que mejora y consuela; ofrecer al alma un alimento sano que la fortifique y le preste apoyo en la dolorosa peregrinación que tiene que cumplir sobre la tierra. Estos nobles propósitos, sobre que me extenderé más adelante, y que constituyen en Lope un verdadero sistema, se encuentran brevemente formulados en los siguientes versos del *Arte nuevo*:

Los casos de la honra son mejores,
Porque mueven con fuerza á toda gente,
Con ellos las acciones virtuosas,
Que la virtud es donde quiera amada. . . .

En la parte satírica no sea
Claro ni descubierto, pues que sabe
Que por ley se vedaron las comedias
Por esta causa en Grecia y en Italia;
Pique sin odio, que si acaso infama,
Ni espere aplauso ni pretenda fama.

Deja Lope al cuidado del autor de las compañías cómicas, lo tocante á la decoración; pero en cuanto al vestuario, hallamos el siguiente pasaje, que da idea de las impropiedades que entonces se cometían y de que Lope se burla con su gracia acostumbrada.

Los trajes, nos dijera Julio Pólux,
Si fuera necesario, que en España
Es de las cosas bárbaras que tiene
La comedia presente recibidas,
Sacar un turco un cuello de cristiano
Y calzas atacadas un romano.

Obra tan interesante concluye con un rasgo de noble franqueza, en que apellidándose *bárbaro*, se adelanta á los apasionados censores incapaces de seguir su vuelo de águila y de medir la inmensa labor de aquel genio sublime.

Mas ninguno de todos llamar puedo
 Más bárbaro que yo, pues contra el arte
 Me atrevo á dar preceptos, y me dejo
 Llevar de la vulgar corriente, adonde
 Me llamen ignorante Italia y Francia.

Añade en seguida que llevaba escritas hasta aquella época 483 comedias, todas las cuales, con excepción de seis, pecaban contra el arte (se entiende el arte antiguo), y lejos de arrepentirse, declara en términos precisos su absoluta adhesión al *Arte nuevo*, que, como otra Minerva, había brotado armado de todas armas, de su luminoso cerebro.

Sustento, en fin, lo que escribí, y conozco
 Que aunque fueran mejor, de otra manera
 No tuvieran el gusto que han tenido,
 Porque á veces lo que es contra lo justo
 Por la misma razón deleita el gusto.

Tal es la teoría dramática de Lope de Vega, que puede considerarse como la poética teatral de la escuela romántica, y á la cual se ajustó en la producción de sus obras. En ella se distinguen con toda claridad dos elementos: la parte que conserva del arte clásico como fundada en principios racionales é inmutables, y las innovaciones introducidas, entre las

cuales unas se conforman con la verdad y la naturaleza, y otras son transacciones inevitables con el gusto dominante en su época y de que no era posible prescindir so pena de caer en el desagrado de aquel público. Fácil es comprender ahora el ancho camino que el «Monstruo de la Naturaleza» abrió á los ingenios que siguieron sus pasos, enriqueciendo á la literatura española con obras inmortales; compréndese también el delirante entusiasmo que aquel hombre singular despertó en su siglo cuando confirmaba los preceptos de su arte con la prodigiosa multitud de sus dramas, y se comprende, por último, la intensa y legítima satisfacción que debía sentir cuando echando una mirada sobre la senda recorrida, hacía el recuento de sus innumerables trabajos literarios, y al llegar al teatro decía en su interesantísima *Egloga á Claudio*:

Pero si agora el número infinito
 De las *fábulas cómicas* intento,
 Dirás que es fingimiento
 Tanto papel escrito,
 Tantas imitaciones, tantas flores
 Vestidas de retóricos colores.

Mil y quinientas fábulas admira,
 Que la mayor el número parece;
 Verdad que desmerece
 Por parecer mentira,
 Pues más de ciento en horas veinticuatro,
 Pasaron de las musas al teatro.

.

Cortés perdona, oh Claudio, el referirte
De mis escritos bárbaros la copia;
Pero puedo sin propia
Alabanza decirte
Que no es mínima parte, aunque es exceso,
De lo que está por imprimir, lo impreso.

Débenme á mí de su principio el arte,
Si bien en los preceptos diferencio
Rigores de Terencio,
Y no negando parte
A los grandes ingenios tres ó cuatro
Que vieron las infancias del teatro.

Pintar las iras del armado Aquiles,
Guardar á los palacios el decoro,
Iluminados de oro
Y de lisonjas viles,
La furia del amante sin consejo,
La hermosa dama, el sentencioso viejo.

Y donde son por ásperas montañas
Sayal y anjeo, telas y cambrayes
Y frágiles tarayes,
Paredes de cabañas,
Que mejor que de pórfido linteles
Defienden rayos jambas de laureles.

Describir el villano al fuego atento,
Cuando con puntas de cristal las tejas
Detienen las ovejas,
O cuando mira exento
Cómo de trigo y de maduras uvas
Se colman trojes y rebosan cubas;

*¿A quién se debe, Claudio? ¿Y á quién tantas
De celos y de amor difniciones?*

*¿A quién exclamaciones?
¿A quién figuras, cuantas
Retórica inventó? Que en esta parte
Es hoy imitación lo que hizo el arte.*

Ya está de suerte trivial la senda,
Que á todos el asunto facilita,
Porque la copia escrita
Es fuerza que se venda,
Pero esto sin negar á los modernos
Aquel honor que los construye eternos.

III

Hemos visto las líneas generales trazadas por Lope al arte dramático; veamos ahora de qué manera modeló esa inmensa materia con el poderoso cincel de su imaginación. El campo de la acción quedó de tal suerte ensanchado que pudo darse á ésta un desarrollo que no hubieran consentido los estrechos límites marcados por el compás clásico, de donde resultó que las comedias escritas conforme á los cánones del *Arte nuevo* hayan sido con exactitud calificadas de «novelas dramáticas.» Pocos son por lo demás, los resortes que ponen en movimiento la máquina, movimiento que se produce más por la complicación de los sucesos que por la influencia activa de los personajes, de lo cual depende que éstos, en la infinita variedad de situaciones en que pueden hallarse, mantienen en el fondo unidad de fisonomía inalterable. Los galanes, las damas, los re-